

¿Cómo ven los medios a las cubanas de la ruralidad?

Por Yisell Rodríguez Milán¹

Especial para Género y Comunicación

Primer plano: el campo y a lo lejos una mujer que se acerca. Segundo plano: la mujer habla y pareciera que el (o la) periodista la interroga a la fuerza, en vez de entrevistarla. Tercer plano: se le ve de cerquita el rostro arrugado, la piel quemada y las manos toscas, mientras una voz en off reproduce un discurso mil veces escuchado a partir del cual, tras las frases de “mujer aguerrida” o “trabajadora ejemplar”, una suele quedarse con la imagen de que inspira lástima.

Detesto ese tipo de reportes. Son caricaturas de medio minuto, deformaciones mediáticas de un objetivo noble: la necesidad de cambiar los estereotipos culturales que perpetúan la discriminación hacia la mujer rural, a quien la Historia de Cuba destaca como heroína independentista, la prensa actual como “indispensable” complemento del campesino y muchos programas de entretenimiento como una guajira, fea y bruta.

Todo eso sin señalar, aún, que el tema de la equidad de género en el ámbito rural no clasifica es muy tratado por la prensa nacional. Solo al busque en Google las palabras claves para este contenido hallará lo que yo: más de 20 textos periodísticos recientes, la mayoría publicados el 15 de octubre del 2015, Día Mundial de la Mujer Rural. Antes, muy poco. Después, menos, casi nada.

Un análisis del Noticiero Nacional de la Televisión Cubana entre noviembre de 2015 y enero de 2016, en sus emisiones diarias de las 8 pm, corrobora esta tesis. Aunque ellas constituyen el 21 por ciento del total de mujeres cubanas, cuando se informa sobre este sector poblacional no se les menciona con frecuencia.

Se habla poco de ellas en los reportes desde Holguín, el municipio con más asentamientos campesinos de Cuba; y desde Granma, que tiene en Bayamo la mayor cantidad de mujeres rurales; o desde Guantánamo, que contiene en Maisí la mayor cantidad de cantidad de dueñas de tierras en usufructo.

No es que se silencie el tema, sino que se trata poco... y mal. Son una minoría convertida en blanco de malos chistes populares que luego los medios refuerzan cuando lo que muestran en pantalla, o publican en la radio y los periódicos, responde al patrón machista esperado por la mayoría.

En 2012 el Censo Nacional de Población y Viviendas reveló algunas de las causas de esta representación social: hasta ese año las mujeres rurales eran el 32,4% de la población rural general del país y solo el 26,2% del total de trabajadores rurales. De esta pequeña cantidad, apenas el 47,8 % tiene nivel medio y superior.

O sea, en los campos del archipiélago viven más hombres que mujeres, de las cuales son poco más de un cuarto las que trabajan y la mayoría de estas (52,2%) no pasó de la Secundaria Básica. No obstante, el índice de escolaridad arrojado por el Censo muestra que contando a las amas de casa el nivel predominante es el de Preuniversitario.

¿Cómo pueden los equipos de comunicación contribuir a cambiar la percepción que nos induce a imaginar a las mujeres rurales como seres dependientes? Aquí va una propuesta...

La agenda de lo posible

1

Para vencer el machismo desde la comunicación no hay métodos infalibles. Por eso, debemos recurrir a los aportes de las investigaciones comunicológicas sobre temas de género que recomiendan la elaboración de estrategias de comunicación que tomen en cuenta los diferentes públicos y sus contextos.

El reconocimiento de los problemas que afectan a esta parte del universo femenino en Cuba podría ser un primer buen paso. Por lo general, escuchados en una retórica triunfalista solemos enaltecer en demasía aquello digno de elogio.

Relacionado con las mujeres rurales hay ejemplos: Decimos que cerca de 17 mil se han acogido al Decreto 259 y al actual 300 que otorgan tierras en usufructo, pero obviamos que solo representan el 37,2 por ciento del total de los usufructuarios y que, como señala la economista Teresa Lara Junco, “el insuficiente desarrollo de servicios de apoyo al hogar en estas zonas, el mal estado de las vías, la escasez de transporte y la lejanía de las tierras entregadas hacen poco atractiva esta iniciativa de desarrollo” para ellas.

En una posible agenda de interés para la ciudadanía, podía abordarse también que la tasa de desocupación de las mujeres rurales es de 3 % (más baja que la del país, la de las mujeres urbanas y de los hombres); o que casi el 80 % de ellas tiene más de 15 años (solo alrededor de 16 % tiene más de 60 años de edad), lo que amerita una revisión estatal de las ubicaciones de las jóvenes que han dado por terminados sus estudios pues todo indica que la presión social o familiar portadora de patrones patriarcales puede estar jugando su papel de una manera especialmente efectiva.

La visibilización de los proyectos de desarrollo sostenible que les han abierto nuevos espacios de participación es otra arista de tratamiento. Estos se han convertido en espacios que las motivan a valerse por sí mismas, a aprender, y son potenciados por la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) junto a varias estructuras estatales y organismos internacionales.

Por lo general, a estas mujeres se les relaciona con ocupaciones que parecen una extensión del trabajo doméstico, razón por la cual la emancipación puede convertirse en un problema y, a su vez, en un asunto sensible de ser denunciado ante los medios.

El sistema educacional cubano posibilita la superación de las chicas en todos los niveles posibles, por tanto es inconcebible que en un país donde ocupamos casi la mitad del Parlamento todavía sea un problema que en ámbitos rurales las ingenieras y licenciadas opten por emigrar porque no son bien apreciadas, o que las trabajadoras agrícolas lleven a las espaldas unos estereotipos que ni la independencia económica logra quitarles de encima.

Otro punto de vista que podría servir de columna a una agenda es que del total de cuentapropistas –según datos del Centro de Estudios de la Economía Cubana- unas 144 595 son mujeres, casi el doble del 2013 y el cuádruple del 2009. Pero siguen siendo pocas porque, a pesar de que ellas fueron la mayor parte de la fuerza laboral que quedó disponible tras la última reducción de plantillas en el sector estatal, la mayoría de las actividades aprobadas para el ejercicio de esta modalidad son típicamente masculinas.

Creatividad en los ángulos escogidos, el uso de un lenguaje no sexista, la realización de entrevistas que revelen la fuerza, carisma, perspicacia natural e inteligencia de las pobladoras de estas comunidades, ayudarán a mover criterios en torno a una nueva construcción de la imagen de la mujer rural cubana como líder espontánea y emprendedora, capaz de revelarse contra un machismo histórico y no biológico que se pudiera resetear.